CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.



QUINTA.



PANAMÁ, MAYO 9 DE 1880:
IMPRENTA DE "LA ESTRELLA DE PANAMÁ,"
JAMES BOYD, PROPIETARIO.

1880.



QUINTA.

Tanto monta.
Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.

LAS ALTAS corporaciones civiles son como representantes del Estado, el cual, dividido en muchos cuerpos para el ejercicio de sus funciones, no deja de ser uno é indivisible. Senado, Ministerio, Corte Suprema de Justicia, son la República en sus tres grandes personas, Poder Lejislativo, Poder Ejecutivo y Poder Judicial. El Senado, cuando está poseído por la conviccion de su propia grandeza, es esa *junta de reyes* que daba tanto que admirar á los embajadores de los bárbaros en Roma. Esos adustos personajes de larga barba que empuñados en su cetro de marfil, cubiertos con la majestuosa trabea, se están á dar leyes al mundo, tienen semblante de genios ante los cuales rinde su espada la fuerza, y la barbarie, absorta, no alza la voz sino para hacer ponderaciones de su majestad y poderío. Los galos han entrado la ciudad á sangre y fuego: todo lo matan, todo se lo llevan por delante, todo lo asuelan: en presencia de los Senadores, ancianos venerables que se han reunido para morir juntos, salvando la dignidad de la República, los bárbaros pierden su furor, y se dejan estar admirando en silencio esa corporacion augusta. Uno

A

de ellos alarga respetuosamente el brazo, pasa la mano por sobre la barba cana del viejo Papirio y la acaricia cual si fuera la de un dios: el senador levanta su cetro de marfil, y hiere con él al insolente. El Senado cae á los golpes de sus admiradores, quienes acaban de ver que esos como entes sobrenaturales no han sido sino hombres sujetos á la muerte.

En los tiempos modernos el senado de Venecia ha sido la más célebre corporacion de cuantas en su clase se han hecho admirar por las naciones: sabiduría y prudencia, suspicacia y crueldad le volvieron ese tirano de cien ojos y cien brazos que todo lo veia y todo lo alcanzaba, haciendo temblar el mundo. La Convencion francesa, ese poder absoluto que absorbe todos los poderes; que es poder legislativo, ejecutivo y judicial; que da leyes y manda los ejércitos; que juzga á testas coronadas y las derriba en el suelo, es la más tremenda personificacion de un pueblo que sacude las cadenas y se echa furioso á castigar á sus verdugos y vengarse de sus enemigos. En todos tiempos el respeto al colegio á cuyo cargo están las leyes ha sido la medida de la civilizacion no ménos que de la libertad. El Senado, ese senado que no delibera, sino obedece; que no discute, sino recibe; que no tiene la mira puesta en la conveniencia del reino sino en la de su Protector, está diciendo á grito herido que la Gran Bretaña se ha entregado ciegamente á Cromwell. Donde los ministros de la Corona tiemblan, si el Parlamento los llama al banco del imperio; donde un Burke, un Fox sueltan la lengua sin recelo á los torrentes de elocuencia con que inundan los ámbitos del mundo; donde un Chathan es más poderoso que el monarca mismo, allí, allí está la libertad arropada con su manto.

Supeditar al Senado es proeza de tiranos; servirse de él sin dar que decir, es secreto de hábiles políticos; viciarlo, corromperlo, es obra de viciosos y corrompidos, tan ajenos á las luces como á la dignidad de ese grandioso cuerpo. Los dominadores fuertes suelen servirse del temor; los ruines, de la corrupcion: de la embriaguez, no hubiera sido posible que se viese, no existiendo en el mundo un rincon donde ebrios consuetudinarios llegan á ser dueños absolutos de una que se llama república. El

Parlamento obedece ciegamente á Luis décimocuarto; si no, *él volverá á poner las cosas en órden:* sombrero con plumas, espuela de oro, látigo en mano, sale á largo y lento paso el jóven que, viéndose rey, se siente gran déspota y grande hombre. Este no les pasa la mano á los diputados y les dice: "vengan, vengan á casa á tomar una copita"; éste no se emborracha con ellos, ni da empleos por facultades extraordinarias; éste no compra poder absoluto con cajas de coñac y ofertas preñadas en dinero: sale por medio de los representantes de la monarquía estupefactos, y les ofrece volver á poner las cosas en órden. La tiranía de la fuerza mil veces ántes que la de la corrupcion; el despotismo del genio, no el de los vicios. Ignacio Veintemilla y José María Urbina se han valido del aguardiente para todo, infames! facultades omnímodas: aguardiente. Redoble de sus sueldos: aguardiente. Donativos insensatos: aguardiente. Todo comer, todo beber en esa gazapina que llamaban *el palacio.* Por mal de mis pecados mi casa estaba al frente: ese *amor fino*, ese *alza que te han visto* eran mi pesadilla. Bailaba tambien *el arrayan* el excelentísimo señor Jefe Supremo; ó más bien le hacian bailar las bellas, cantando y alentando con las palmas, puesto el zoquete al centro de un círculo que formaban diez ó doce ninfas del negro bosque. Los que le saborearon dicen que era cosa de ver cómo alzaba las patas alternadamente, volviendo su cara de caballo ora á la izquierda, ora á la derecha, en busca de aprobaciones femeninas.

Un extranjero distinguido se detuvo tres dias en el Versalles de Mac-Járrin: viniendo á casa á despedirse, me dijo que no habia pegado los ojos las tres noches, á causa de la vecindad: qué molino, señor! qué presidente! y mire usted, he ido á visitar al general Veintemilla, por conocerle.

"Y qué tal?"

"Hum...."

"Ese Hum....?"

"Qué, señor don Juan, si me pregunta cómo queda la familia.

"Luego es amigo de la suya?"

"No sabe si la tengo; ni me conoce siquiera: cuando me juzga frances."

"En qué vió usted que le juzgaba frances?"

"En que me saludó al entrar: *Bonsiur, Monllur.*"

"Quiso decir *Bonjour, Monsieur*, el pobre. Dispénsele. Como ha estado en Francia, natural es que hable frances. Y de política?

"Me preguntó si no le traia una encomienda del rey de Prusia, su íntimo amigo, quien le habia ofrecido un pantalon de paño blanco y la cruz de Cárlos III."

"La cruz de Cárlos III el rey de Prusia! Vaya usted, señor don José, y publique en su tierra que en la villa de San Juan de Dios de Ambato ha visto á Ulíses Grant puesto á la española."

"Á la francesa, diga usted;" y desternillándose de risa, ó destornillándose, como dice el presidente que tenemos entre manos, se fué á dar á la estampa sus viajes el frances de Cartagena. Ya habrán visto la luz pública. Pobre Ecuador.

Los negros son tenaces en sus tripudios y sus zambras: cuando cogen la *marimba*, si la policía no da sobre ellos, han de cantar, gritar y bailar cuarenta dias. Viajando por las montañas de Occidente para bajar de los Andes al océano Pacífico, me detuve una noche en un caserío de cuyo nombre no quiero acordarme. El cura me dijo: "Estos negros vecinos están de chunga; no le han de dejar dormir toda la noche: seria mejor pasase usted adelante.

"Un millon de gracias, señor cura: no estoy por ir á despeñarme á oscuras, ni por quedar sepultado en el primer barrizal que encuentre; ni hacerme picar por équis y corales. Los negros aullarán cuanto quieran, yo dormiré lo que Dios fuere servido. En fin, repuso el cura, quédese pues; pero no le he de dar de comer: Dios sabe si yo mismo estoy en ayunas hasta ahora. Holgárame, dije, de que vuestra reverencia no hubiera yantado cuatro dias, y así tuviera yo la gloria de restaurarle y sustentarle para quince con mi repostería. Á vuestra paternidad no se le oculta que, el que de Sevilla sale, herrada lleva la bolsa: quiero decir que á Barbacoas no echa uno á andar sin harto pan, jamon,

pernil, manjar blanco y otras porquerías que hubieran hecho abrir el ojo á Sancho Panza. Pues digamos que es malo el vinito que me han puesto en el canasto. Trae vino? preguntó el cura, trazándose una cruz maestra de la cara al estómago; téngame por su huésped. Ha de saber que ni para el santo sacrificio se presenta el hereje en este despoblado. Pero los negros....

Santo varon, quién le hubiera creido! No digo que me picaran équis y corales, y me mordieran verrugosas; boas hubiera querido me tragasen, ántes que la música y el canto que me asesinaron el alma toda la noche. "Señor cura," decia yo de cuando en cuando con voz angustiada y llorosa.

"Ya le dije, señor don Juan: los negros nos han de moler. Gallinazos! voy allá con un palo."

"Señor cura...."

"No le dije? aguante. Negros de Barrabás"!

"Señor cura, señor cura...."

"Ahora verá lo que hago," dijo el padre, se botó de la cama, y á poco oí que se desquebrajaba el mundo en el rancho del frente, andando el palo por grandes y pequeños. Los negros se deshacinan en alaridos; el cura ahogaba sus voces con las muy más altas que él echaba, remitiéndolos á todos á los quintos infiernos. Piensa que algo hemos hecho? dijo á la vuelta; ya verá si tornan á las andadas. Efectivamente, áun no se habia reacostado el acallador, cuando la marimba con más gana, y el cantazo con más fuerza. Tomaba mi caravana el portante, bien entrado el dia, y los negritos estaban al principio de su bureo.

Un cura, un cura de éstos en la villa de San Juan de Dios de Ambato! Aun cuando no saliera con la empresa de hacer callar al Mudo y sus negros, la tanda yo le hubiera agradecido. La aurora habia roto por el horizonte, y el bodorrio iba adelante. Beatas que madrugan á la iglesia, una ocasion, vieron que el Jefe Supremo, en cabeza, iba corriendo por media plaza tras unas bailantas que al descuido se le habian salido del palacio, cansadas de bailar y zapatear y beber y oir los sotiles enamoramientos de ese moro Gazul. Alcanzólas, fízolas prisioneras y dió con ellas en el

maremagnum del coñac, las burlas pesadas y las ordinarieces de la canalla convencionalesca y cuartelesca. Marimba hasta el amanecer, marimba hasta el anochecer: tal fué la Convencion, tal es el presidente de la república domocrática del Ecuador: así vive, así gobierna ese cerdo coronado; y no echa por largo cuando dice que *él sólo puede hacer la felicidad del país.*

Cada vicio es una caida del hombre: el juego, la pasion por el juego, le envilece, le expone al robo, le deshereda: el jugador no tiene palabra, no reconoce obligaciones, no cumple con sus deberes de hijo, esposo ni padre. Su universo es el garito, su género humano los tahures. Juega lo propio y lo ajeno, se empeña, pierde el alma haciendo pacto con el diablo. Caballo, reloj, ya no son suyos: su mujer conserva unos zarcillitos de oro con gotas de perlas como avellanas, los guarda con cuidado y amor, como prenda de su difunta madre: va el domingo por ellos para adornar á su hijita junto con la cruz de diamantes con que la pone como una infanta real: el cofre falseado, el estuche vacío: lágrimas y mas lágrimas: el pobre hombre se los ha llevado, los ha perdido. Veinte y cuatro eran las cucharas de plata; tres están: vendidas ó empeñadas las demás: el pobre hombre no tiene miedo ni vergüenza. Qué jugará? qué perderá? Las tierras, la hacienda, tiempo ha que dió por la mitad de su justo valor; la casa es herencia de su esposa, no la puede vender; y sobre que ésta se rehusa á facultarle para la enajenacion, menudito con ella; insultos y mogicones el pan de cada dia. Mal traido, mal mirado, el infeliz no se atreve á mostrar sus harapos, huye de parientes y amigos; y como ya no puede ser jugador activo, se ha vuelto jugador pasivo, es miron perpétuo: cuando hay quien se la dé, pide la barata. El garito es la quiebra de la honra y la felicidad: caer en él es hundirse é ir á salir al otro lado, donde infamia y desdicha le reciben á uno con los brazos abiertos. Judas vendió á su maestro para jugar; Judas fué jugador: el jugador está siempre en

potencia propincua de vender á maestros y condiscípulos: ora provenga de la humillacion, ora del delito, el tahur quiere dinero: pide; si no le dan, roba: hombre desventurado!

Este vicio es el de los incurables; Jesucristo no lo remedia. Propongo esta impiedad con un hecho por fundamento. "Señor, estaba diciendo un hombre, hombre viejo y de cuenta, postrado ante un crucifijo, inundados en lágrimas los ojos; Señor, estoy arrepentido, estoy reformado: me has oido; gracias, gracias te sean dadas. Ya no juego, ya no jugaré. El juego, lo aborrezco: bienes paternos, dote de mi mujer, nada existe: mis hijos sin estudios, mis hijas sin el arreo de su clase: yo miserable, ay de mí, fuera de casa todas las noches: llaman al salterio, y no salgo aún del garito: disputas, pendencias, riñas declaradas; tiros muchas veces, y puñal no pocas. Estas pestañas caidas, estos lagrimales comidos, estos párpados irritados, juego es todo: esa lámpara criminal, esa luz del infierno me deshonran, me matan: protégeme, sostenme: jugar yo? la muerte mil veces." Y llora que llora el pobre viejo.

En este punto un echacuervos ha entrado al cuarto *pian pianino*, se le ha juntado de puntillas, y con la voz y el modo de la serpiente, la serpiente aquella, ésa de marras, le está diciendo sobre el hombro: "Señor don Francisco, esta noche se rifa una mula de provincial: negra, herraduras de plata, vuela de paso." Sorprendido por el demonio el reformado, chispeantes los ojos, vuelve la cabeza: Cuánto es la puesta? Doce pesos. Cuenten conmigo. Y se levanta dándose una gentil pechada, para designar su firme persona. Vamos á ver, cuál pudo más, el crucifijo ó el enviado de las tinieblas?

Juego, concupiscencia y embriaguez son los tres vicios que pudieran llamarse capitales: el juego arruina, pero no socava de contado la parte moral del hombre: concupiscencia y embriaguez van á estrellarse contra el entendimiento; el espíritu y la salud son sus víctimas. He leido en un autor celebérrimo de medicina que una gota de simiente humana vale por una onza de sangre: la esencia pura, esencia primorosa de las sustancias nutritivas, sacada por un sabio invisible en el laboratorio de nuestro cuerpo,

no es riqueza de prodigar, por que ni se repone fácilmente, ni lo repuesto es de los propios quilates que lo perdido. Cómo el derroche de esta sustancia material acaba por destruir la inteligencia, es uno de los arcanos de la naturaleza: el alma recibe golpes funestos de los abusos de la carne: por la via de los placeres vamos inconcientes á la sepultura. Ciertos insectos quedan muertos en el acto de la generacion: su vida ha sido traspasada á otro sér, que existirá cuando su generador sea partícula invisible de la nada. El hombre es insecto grande: muere por las mismas causas que la mariposa, sin más diferencia que él muere lentamente: el fruto de la vida es la muerte. Ley rigurosa de los séres terrenales, no nos perdemos por el cumplimiento de ella, sino por el abuso: en tanto que giramos dentro de sus términos, por la órbita de la necesidad y la razon, no hemos incurrido en la pena del vicio; mas al punto que tomamos más de lo que nos corresponde, perdidos somos. Las minas se agotan, los volcanes se apagan; y el hombre, el hombre ha de ser inexausto en su pobreza? Los ángeles viven sin fin, por que no están sujetos á los sentidos: la inmortalidad es casta; sus placeres se desenvuelven en el seno de la luz eterna, de donde nacen la gloria y las santas generaciones que rebosan en la mansion divina. Próculo no ha sido útil de ningun modo al género humano; ese poder suyo de desflorar cien vírgenes en quince dias, es infructuoso: á Newton le ha confiado la sabiduria los misterios más recónditos del universo: Newton murió inocente como un niño. En esta materia la ignorancia es más viciosa que la instruccion: si todos supieran que los peores achaques de que adolece el mísero del hombre provienen de la incontinencia, ménos ayes vergonzosos se oyeran por el mundo. La alegre Hijia tiene relaciones ocultas con la pura Vesta: castidad y salud se dan la mano.

Pues la embriaguez? Vicio infamante, como todos, es el peor de todos, por cuanto pervierte la razon y hurta á la locura sus más feos perfiles. Cólera, furor, inverecundia, de ella nacen; sin contar con los estragos que hace dia por dia en la organizacion física del mísero que la lleva adelante. Bien como el opio es el azote de ciertos asiáticos, así los licores fuertes son la caida de

los pueblos del occidente. El cerebro, en ereccion preternatural y contínua, está desviado de sus funciones: el estómago padece irritacion crónica, y rechaza el sustento necesario de la vida: los nervios se aflojan, pierden su resistencia: el corazon, minado de dia y de noche, ya no goza, ni de la sensibilidad exquisita con que le dotó la madre naturaleza, ni del amor que era su dicha: los sentidos se entorpecen; el ebrio de costumbre ve dos donde no hay más que uno, oye lo que no suena, pisa en vacío, y da con el triste cuerpo en el suelo. Al borracho no lo incita la hermosura: los impulsos inapeables que nos arrojan violentamente á las heroicidades del cariño ciego, son brisa muerta en él: los licores espirituosos han metido fuego á sus pasiones y las han vuelto cenizas: el bebedor no tiene que hacer en Chipre ni en Citera. Hombres que con el uso cabal de su razon hubieran estado para una buena ó grande obra, privados de ella, caen en mal caso. Borracho no es sino loco; y tanto más sin ventura, cuanto su demencia es voluntaria. Si el ebrio es tan inútil, ¡qué digo inútil! si el ebrio es tan perjudicial como persona particular, como individuo privado, ¿qué no será en cuanto ministro de justicia, en cuanto gobernador de un pueblo? emperador, rey borracho ¿ qué será? ¿ quién le sufrirá ¿ Príncipe bebedor pierde sus fueros: embriaguez es renuncia voluntaria de la corona, por que embriaguez constante y locura son una misma cosa. Felipe II tuvo encerrado á su hijo hasta la muerte, por violento y malo: violento y malo es el borracho. El pretendiente al trono de Inglaterra, conde de Albany, fué excluido, y aún perdió su esposa, su adorada Aloysia, por borracho: el Papa los separó. El antecesor del viejo Guillermo, emperador actual de Alemania, se vió obligado á abdicar, por enfermo de la cabeza; y sabido es que beber y perder la cabeza son una misma cosa. Sólo nosotros tenemos obligacion de tolerar presidentes bebedores, ebrios consuetudinarios que suplen con la embriaguez lo que les falta de inteligencia. Dicen que el hijo de Agripina traia de continuo á los ojos un enorme carbunclo, con lo cual todos los objetos se le presentaban como bañados en sangre: el coñac es el carbunclo de Neron: el que lo usa por costumbre, trae á los ojos ese rubí fatídico que está condenando á muerte á las dos terceras partes del

género humano. Furor es lo primero en el que bebe: razon, justicia, reportamiento, al vuelo han huido de ese hombre viudo de su alma: el borracho no es sino cuerpo; cuerpo con vida magnética ingerida por el sabio de las sombras, ese que sugiere maldades y aconseja sacrilegios. Si la familia cuyo padre da en beber es perdida, ¿ qué será de la Nacion cuyo presidente, cuyo general en jefe son ebrios consuetudinarios? Es tambien perdida; más que perdida, infame; pues debe poner término al predominio de esas bestias cuándo feroces, cuándo risibles, que no saben lo que hacen, ó adrede hacen lo peor.

Qué liga la de los vicios, qué liga! "Ustedes me sostienen á mí, yo los sostengo á ustedes," les dice Ignacio Veitemilla á sus jefes, sus oficiales, y sellan el pacto cada dia con botellas destapadas y vaciadas en un verbo. Ese hombre sin ventura no alcanza más arbitrio para abrirse paso al corazon de sus semejantes, que el licor: entra un militar, una copa: entra un civil, una copa: entra un eclesiástico, una copa: copa al ministro juez, copa al canónigo, copa al obispo: desgraciado del diplomático que entra á esa taberna condecorada; copa le ha de dar, y no solamente copa, sino tambien cantaleta; pues le muele el moledor en el molino del vulgo: "Acabe, acabe." Qué toma usted? le dijo á uno que entraba á su casa por la primera vez; coñac, italia, pisco? Tomaremos de todo, excelentísimo señor, respondió el truhan, que era de esos que pueden arder en un candil. Y tomaron de todo, toda la noche: *Nocte pluit tota.* Al otro dia vino á casa el pillo inundado en risa: Don Juan, anoche le hemos dado un trasquilon al Mudo, bebiéndole más de media bodega. Le hicieron bailar? No habia señoritas quienes alentasen; mas ya tengo vistas por ahí seis ú ocho pirujas que le hagan volver al regosto del *arrayan*, que es su delicia.

Jugar, comer, beber, dormir, he aquí la gobernacion de ese gran presidente, Lincoln de Sur-América. Habríamos jamás temido que Sardanapalo se levantase, rompiendo con la cabeza el mundo de pesada infamia que doscientas generaciones han amontonado sobre su sepultura? Pues se ha levantado; allí está con facultades extraordinarias: "Come, bebe, diviértete; lo demás

no es nada," ¿no es ésta su divisa? Come, bebe, se divierte Ignacio Veintemilla, y hace algo más que Sardanapalo primero; arma del puñal nocturno á sus sicarios, y les manda: Á ese! Sardanapalo ha ganado en prendas y facultades con tres mil años de pudricion y podredumbre.

En un pueblo que yo conozco hay un borracho que es dictador perpétuo de la plaza: su voluntad soberana no sufre contraresto: interjecciones mal sonantes, voces subversivas, injurias públicas y privadas, de todo hay en ese hervidero de insolencias. Hombres cuerdos, mujeres castas, niñas inocentes están oyendo horas enteras á ese loco atrevido, y nadie le dice nada. Harta de desvergüenzas al que por ahí se asoma, tira piedras, juega el palo, arremete al que va á pasar: señor inmune, testa coronada, allí se está arramblando la moral y las buenas costumbres. Vivan los principios! grita; viva la libertad! y hace uso de ella. Dichosos los pueblos libres.... Mas yo digo: si ese tiene libertad de embriagez, de vilipendio, de perturbacion pública, la policía no tiene libertad de represion? Si él es libre para salir borracho á la plaza, ella debe serlo para echarle mano al coleto. Mas no es así: en país donde las garantías individuales son cosa real y efectiva, el individuo no admite restriccion para las suyas. De forma que si, así como hay uno ó dos borrachos públicos, hubiera veinte, cuarenta ó mil en ese pueblo, y todos ellos salieron á la plaza á hacer de las suyas, la policía estaria obligada á respetar las garantías individuales de los borrachos? Las de los cuerdos, los morigerados, los de buenas costumbres violadas son por ellos: sea por amor de Dios y los principios. Yo le oí á un Ministro Plenipotenciario de una república libérrima; le oí con estos oidos que se han de volver tierra: "No hemos de parar hasta no ver establecida la autonomía individual." El establecimiento de la *autonomía individual*, dando de barato que algo signifique esta monserga en dos palabras, seria la abolicion de las obligaciones mutuas y de los derechos de la sociedad humana. Los bárbaros mismos, en sus bosques, están unidos con ciertos vínculos que, si no son leyes, son costumbres: *la autonomía individual* no reconoce leyes ni respeta costumbres. Trepar

con mil fatigas á la cúspide de la civilizacion, para vernos allí hombres en estado de naturaleza, no me parece triunfo de la libertad ni los *principios*. Por dicha los sensatos abundan en el país de ese loco, para que vengamos á lastimarnos de su suerte. Admirando estuve poco ha el que un pueblo mediano tolerase á un borracho de profesion; y no admiro el que una República entera sufra la dictadura de un borracho, y aguante indefinidamente esa carga infamadora.

Memento Sardanapali, acuérdate de Sardanapalo: sí, no le olvidemos. Á la una de la tarde áun no se ha levantado Ignacio *de* Veintemilla; levántase á las dos, con lo cual da á conocer que ha pulido su educacion. En Paris se levantaba á las tres, ni un minuto ántes; salia á las cuatro, y que le busquen en Ginebra. Volvia á las cuatro de la mañana, se echaba, y que se hunda el globo terrestre. Á las doce del dia saca la cabeza por entre las cortinas: mal despierto aún, los ojos están envueltos en una capa de pereza: el pelo caido hácia la frente; la nariz arremangada; el pescuezo al aire, semeja el de un buey desollado. Abre la boca; de ella sale una como voz humana: pide su pienso, come: pan sobre pan; manteca, mantequilla, con los dedos por las esquinas. El agua no es suya, ni para beber, ni para lavarse. He allí que cae sobre la almohada nuevamente: labios, dientes, sucios: ya está roncando, abiertas las mandíbulas, que son la ratonera de la casa. Así el caiman se huelga orillas del Orinoco en los bancos de tierra; así acuden ciertos pájaros amigos suyos á arrancar las tiras de carne que se le han quedado en la dentadura.

En Quito duerme como presidente, nada tiene que hacer: levántase á las dos, almuerza, no ya café, sino carne en veinte formas, vino de diez clases. "Ni cuando era pobre me faltaba el vino, dijo una ocasion que la imprenta le afeó su intemperancia; ménos ahora que Dios me da más de lo necesario." Ya almorzó: sigue la cerveza, ahora reina la cerveza: coñac, mallorca, diáconos que ayudan á esa sacerdotisa de la embriaguez. Son las siete de la noche: el nuevo Tito no ha perdido el dia: dos cajas de licores vaciadas; dos ciudadanos desterrados; un clérigo al calabozo; un hombre del pueblo metido en el hospicio de orates, por ciertos

palos excelentísimos; quinientos pesos perdidos al juego la noche anterior, hoy se han repuesto con mil; allí á la mano está el Tesoro. Son las siete; á comer: los grandes comen de noche: carne y recarne, vino y revino. Oh sublime devorador, bendito seas! Á qué hora, de qué modo digieres ese monton de animales muertos? Para cada comida ordinaria de Antonio se derribaban doce jabalíes; pero él no se los comia íntegros. Café, *plus* café ó sobre café; qué más? Ya comió, ya comieron los grandes: las mesas de juego están allí, repartidas por la sala: hanme dicho que son siete ú ocho: su sala es un resúmen de garitos. La mesa principal desde luégo, donde juega el rey con los altos dignatarios de la corona: mesa para sus jefes; mesa para sus edecanes; mesa para sus deudos; mesa para sus amigos: todos juegan: el rey preside el juego general, con esa cara, ese aspecto de padre de casa de mancebía. Sólo el número 5 le falta en la puerta de calle á ese plantel de prostitucion. Nunca y nadie ha jugado á secas; preciso es humedecer las trampas con el brandy animador. Á media noche, borracho él, borracha su gente, cien ojos están relampagueando como piedras preciosas de la infamia; y siguen bebiendo, y de este modo va adelante la prosperidad de la República. Desgraciado del hombre de bien que le incite la memoria á cualquier hora del dia: le come el corazon con sus dientes, le empaña el alma con su aliento: mentiras, calumnias é improperios, en ciego tropel, se amontonan en sus labios: es tonto? es loco? más que todo, es perverso. Si el talento y la virtud cayeran en sus manos, rugiera de placer, como tigre dichoso.

Las tres de la mañana: reyes y emperadores se acuestan á las tres; un prohombre como él no puede ir á la cama á prima noche: ya duerme, ya está muerta la gran bestia. No hay diputados de la Nacion, no hay convencionales que guarden ese sueño augusto en respetuosa vigilia, y estén prontos á alzarle las botas cuando él se las pida dentro de doce horas? Que este garañon lo pase con *su Ministerio* como lo pasa, no es lo que me irrita; que de un cuerpo tan respetable como el Poder Legislativo haya hecho una gazapina á fuerza de empleos y aguardiente, esto es lo que hombres de buenas costumbres y patriotas llorarán hasta el

último dia de la virtud y la república. Miéntras haya Córtes, Parlamento formados de hombres de bien y templanza, no hay tirano cabal en una monarquía: libertad y dignidad, encastilladas en su sagrado recinto, no están heridas de muerte. Asimismo en una república, en tanto que el Congreso sirve de freno al sarjenton que ordinariamente es amo de ella, no están del todo perdidas instituciones y garantías sociales. Mas si los representantes de la nacion se convierten en fautores; digo más, en rufianes del quídam sin luces ni virtudes que por desgracia se ha engarabitado en ella, ¿qué le queda al pueblo sino estar balando como oveja, ó rugir como leon y echarle la garra al delincuente?

El Poder Judicial es todavía más santo que el legislativo en pueblos sobre los cuales la civilizacion derrama su luz inextinguible: puede ocurrir un desacato contra el Parlamento en Alemania ó en Francia; contra la alta Corte de Justicia, nó; ni habria cuando, pues el gobierno civil permanece ajeno á los asuntos del juez, cuyas facultades giran en órbita apartada de la gobernacion política. Se ha visto nunca á la reina de la Gran Bretaña ni al emperador de los franceses ingerirse en lo perteneciente á los tribunales de justicia, conminar á sus ministros con penas arbitrarias, y castigarlas una por una, si la sentencia no cuadra con sus deseos? La Corte Suprema es la corporacion más augusta de cuantas reconocen nuestros Estados democráticos: Poder independiente, no recibe inspiracion de nadie, ni está sujeto á veedor; sus actos son obras de sabiduría, sus resoluciones dimanan de esa deidad que tiene en la diestra la balanza en uno de cuyos platos van cayendo desafueros de los hombres ó insultos al derecho de todos. Témis es soberana: se aconseja de Minerva, pero no recibe influjo exterior, ni los señores de la tierra se dan por lastimados por sus decretos. Mínos, Eaco y Radamanto son la trinidad que á lo largo de los siglos están simbolizando, tanto la inflexibilidad como la omnipotencia de la justicia.

En un calabozo húmedo y oscuro está un hombre agachado

sobre sus enormes grillos: seis meses lleva de prision; mas la libertad, la dulce libertad, se le acerca en alas de la justicia. Absuelto ha sido por los tribunales de primera y segunda instancia del delito que se le imputa: su causa está en la Corte Suprema; el último dia de su martirio ha llegado. Tristeza en su semblante, palidez mortal en su rostro, dan á conocer que ha padecido mucho en el tormento. Negra la vestidura, abotonada humildemente hasta la nuez, diciendo está que ese hombre es sacerdote. La corona, medio borrada, no es ya la santa placa que infunde veneracion. El vientre inflado, las piernas hinchadas á fuerza de quietud y prisiones, el recluso va á morir: castigo ántes de sentencia, he aquí el flujo de la maldad y la ignorancia apoderadas. Si ese hombre es absuelto, los males que ha padecido ¿quién los remedia? de los perjuicios que ha recibido ¿quién le resarce? Pena sin delito, secreto de la tiranía. La Corte Suprema da su fallo, le absuelve de culpa y pena: ¡loado sea Dios que así mira por sus criaturas! Vuelve, vuelve, infeliz, á la luz que te robaron, al aire de que te privaron hombres inicuos. Tienes madre? corre, tírate de rodillas, recíbela en tus brazos: sus bendiciones, sus lágrimas de gozo te vuelven salud y fuerzas, te imprimen alegría. ¡Oh beatitud inefable esa del amor puro, esa que para el buen hijo fluye á torrentes del seno de la madre virtuosa! Su hijo ha sido absuelto; la buena señora, dando gracias á Dios, le tiene ya contra su pecho....Contra su pecho? Los grillos están como carne con carne en los piés del sacerdote: el malhechor público ha declarado que la sentencia de la Corte no vale una chita, y que en el calabozo ha de morir el triste, si no firma el papel que él le presenta, si no canta la palinodia, ó más bien, si no jura el santo nombre de Dios en vano, llamando mentira la verdad, dia la noche. En cuanto le animó el fallo de la justicia que esperaba, fuerte fué el preso, firme se mantuvo el encadenado; desvanecida esa esperanza, se le caen las alas del corazon, flaquea el pobre clérigo. La firma ó la vida le han pedido: guarda la vida, entrega la firma. Firma el infelice diciendo lo contrario de lo que ha dicho. Dijo ayer que Ignacio Veintemilla habia mandado envenenar al arzobispo de Quito; hoy sostiene que su exce-

lencia el presidente de la República, léjos de tener parte ninguna en ese crímen, no ha omitido diligencia para dar con los criminales. Poniéndole sus dos firmas contradictorias á los ojos, qué dijera el huésped eterno del calabozo? Dijera, ya le ois: El primer escrito fué obra mia, resultado de mi juicio y mi conviccion; escrito dado á luz voluntariamente en pueblo extraño, bajo el amparo de sus leyes: el segundo no es obra de mi conciencia, mas áun de mi verdugo, que me constriñe á suscribirlo el puñal al pecho. Flaco es el hombre, fuerte el amor á la vida: oh vosotros que me llamais infame, poneos en mi lugar; ¿ cuál es el héroe, el santo que se quede á espirar en el martirio, ántes que entregar su nombre?

Yo siempre le he disculpado á ese eclesiástico sin ventura: es como él dice: de entre los clérigos, los godos que le llaman infame, ¿ cuántos hay que hubieran preferido la muerte en los grillos, á firmar el papel que le presentaban los correveidiles del malhechor omnipotente? Ni uno, de seguro; ántes muchos de ellos no hubieran esperado siquiera la sentencia definitiva. Virtud subida es esa, heroicidad inapeable que están para almas del temple de la de Eloy Alfaro. Este hombre salió del *Infiernillo* en brazos ajenos, medio muerto ya: la oscuridad le habia enflaquecido, las cadenas le habian devorado. Ignacio Veintemilla quiso arrancarle, en cambio de la vida, un documento contra Juan Montalvo: cuando fueron sus trotaconventos á solicitarle al preso, éste le llamó infame á boca llena, y se quedó á la muerte. Qué obligacion tiene un pobre clérigo de ser como Eloy Alfaro?

Esto cuanto al reo; ahora veamos cuanto á la Corte. La Suprema confirmó el fallo de los tribunales de primera instancia, le declaró al sacerdote libre de culpa y pena. Por menguados y prostituidos que fueran sus vocales, no les hubiera sido dable obrar de otro modo. En realidad no habia delito; no lo habia, en cuanto los perpetrados fuera de su jurisdiccion no surten su fuero. Ignacio Veintemilla no le hacia juzgar al clérigo por conspirador, sino por *calumniador*. Caballero sobre un corcel fogoso, blanco al igual del que montaba el apóstol Santiago en las batallas contra los moros, le habian visto

al presbítero guerrero yendo y viniendo por las faldas del Pichincha. La cruz, no la maravillosa estampada en la bóveda celeste á los ojos de Constantino, sino la material y palpable, era la insignia de la santa revolucion. Dios es con los cruzados, ya les cae del cielo la victoria. Mas como por desgracia el cielo se arrima casi siempre al mayor número, el ejército de la religion mostró las herraduras, y que le echen un galgo. Esto no es de ahora; rancios católicos lo dan firmado. No los juzgais heterodojos á los españoles antiguos, yo presumo? pues oidles, si gustais, ortodojos de mi tierra:

Vinieron los sarracenos
Y nos molieron á palos;
Que Dios ayuda á los buenos,
Cuando son más que los malos.

Los sarracenos de la tia Cornelia fueron más que los cristianos de don Antonio, y los molieron á palos. El apóstol Santiago mismo no hacia el milagro sin meterse de hoz y de coz en la batalla y exponer el pellejo; mas los católicos del don Antonio quisieron que Dios se lo pelease todo, y él no les dió gusto, porque abomina á los tontos, y no está por la sociedad leonina. Sea de esto lo que fuere, el clérigo estaba allí, no lo niega: mas no fué esto lo que le escoció al sarraceno mayor, sino el que le hubiese dado *del jumento, del plebeyo, del cobarde*, y más títulos con que suelen favorecer á sus enemigos barbas tan honradas como un acendrado católico. Dijo tambien el cura de misa y guerra que *el mudo Ignacio Veintemilla era el envenenador del Ilustrísimo Arzobispo;* y sobre esto cuartel, grillos y muerte segura, habiendo el bellaco presidente atraídole á sus manos con salvoconducto falso. Si envuelve ó no calumnia el llamarle envenenador á Ignacio Veintemilla, no es mio el averiguar; mas el clérigo lo habia dicho y publicado en Colombia, y no pudo ser juzgado en el Ecuador por actos que no eran delitos en donde acontecieron. Ley de la República es la libertad absoluta de imprenta; y hé allí un bobalicon que manda levantarle auto cabeza de proceso en su casa por acciones legalmente inocentes verificadas en ajenos países. Un sabio *in utroque juri*, como Ignacio de la Pan-

dilla, no es reo sino de ignorancia en este caso: quien no sabe leer, ha de entender de derecho de gentes, derecho civil ni Juan derecho, ó niño muerto, como dicen en España? Él pensó que podia mandar condenar al último suplicio á uno que en Rusia le hubiera llamado tonto, y lo hizo juzgar. Los tribunales de justicia vieron el asunto en otro aspecto, y declararon no haber delito. Sabido es que los franceses, para combatirse de persona á persona, ganan el territorio de Bélgica, á fin de no ser perseguidos judicialmente en Francia; pues áun cuando las costumbres toleran el duelo, las leyes lo prohiben. En este concepto, la Corte Suprema puso en limpio la maraña del clérigo y el Mudo, y declaró, como queda dicho, no haber delito: corriente y moliente.

Pero no fué corriente ni moliente el vil aguante de la mencionada Corte, esa humildad con que echó á pedirle perdon al malhechor público, cuando éste le hubo castigado su justicia con suprimirle el sueldo, irrogando de este modo agravio irreparable á una corporacion ilustre, y pervirtiendo la moral, fundamento de la sociedad humana. Que Ignacio Veintemilla se hubiese estrellado contra un tribunal eminente, no fué mucho, supuesto que nos hallamos acordes en el dictámen de que los móviles de sus acciones son puramente físicos; pero que todo unos Oidores, entidades grandiosas en la República, hubiesen puesto á los piés de un idiota la justicia, diciéndole: "He aquí, señor, nuestra conciencia, nuestra honra y dignidad; haced de ellas lo que fuéredes servido, pero devolvednos nuestro sueldo"; esto es lo que admira y aflije á hombres que, huyendo de esta Sodoma de la política, vuelven los ojos cargados de esperanza al templo de la justicia. Quién se fiará en adelante en la integridad de esos Radamantos enlodados, cuando vaya del interés del verdugo presidente? Cuando se quedaron en la Corte, contrajeron con él un tácito compromiso de imprimir la fuerza de su voluntad á sus sentencias; de otra suerte, como hombres de bien, jueces inflexibles y ciudadanos honestos, hubieran dicho: Suprimirnos el sueldo es imponernos multa, por que no hemos fallado á su antojo; es castigarnos la justicia: no quiera Dios vengamos nosotros á ser los fautores que éste necesita para el reinado de la iniquidad y la violencia." Y echan-

do ahí la toga, como reyes ofendidos, hubieran ganado el hogar, iluminados por la resplandeciente pobreza que mantiene é ilustra á los hombres de buen corazon y alma grande. Que *la codicia se arroje al mar*, que *la ambicion se ria de la muerte*, no es del todo malo; eso indica atrevimiento y valor. Codicia que se arroja al mar, ambicion que se rie de la muerte, en el umbral están de las virtudes: codicia que se arroja á las plantas de un malvado, ambicion que se echa al rostro manadas de estiércol, son vicios que matan al hombre y le sepultan en la vergüenza. Y he aquí los sustentáculos de la tiranía: sin estos viles que pasan por todo, estos buscavidas condecorados, ministros de prostitucion y servidumbre, ántes que de justicia, los pícaros irian quedando solos, y al fin, por falta de pared donde se arrimen, ciegos, con paso torpe, se despeñaran al abismo. Mas si Congreso, Corte Suprema de Justicia, ciudadanos de cuenta le ofrecen la espalda, puestos de uñas contra el suelo, para que el irracional bordado de oro esté subiendo al solio cada dia, ¿cómo no se ha de prolongar, cómo no se ha de perpetuar el reinado del crímen y la barbarie?

Si los ministros de justicia son peonzas con que Ignacio Veintemilla enreda y se divierte, cual otro Galerio que se descuartiza riendo al ver devorar cristianos sus osos amigos, ¿qué no hará de los oficiales de la instruccion pública? El Rector de la Universidad es persona de mucha cuenta en dondequiera que algun miramiento alcanzan los estudios, el ejercicio de la inteligencia y la sabiduría. Ese plantel venerando que se llama universidad, es institucion tan elevada, que los reyes mismos no se atreven á visitarla sino con el sombrero en la mano. La universidad ha vuelto célebres á ciudades cuyos nombres suenan como el resúmen de los conocimientos humanos y la ilustracion de un pueblo: la Sorbona, en Paris; la Universidad de Salamanca, en España, son unos como Estados literarios que gozan de exenciones é inmunidades. Los Abelardos, los Budeos no salen del cuartel; y á

éstos nadie los arrastra á un calabozo por leve ó ninguna causa; ántes los reyes se paran delante de sus retratos y sus obras, y, descubiertos, están rindiendo pleito homenaje á la sabiduría. Así Felipe III, quitada la gorra, se dejó estar una buena pieza en presencia del Tostado en la Biblioteca de Valladolid. Ignacio Veintemilla acaba de sepultar en una mazmorra de cuartel al rector de la universidad de Quito, de mano poderosa, sin auto de juez, ni siquiera motivo verosímil. El rector de la universidad se habia rehusado á jugar y beber con él en su casa de prostitucion; y, sobre que ha corrido las calles un papelucho ruin, al cuartel ese magistrado: quién puede haber escrito la quisiosa sino el rector? Incomunicado, hay más que decir, cual reo de delitos grandes! Y consta en la constitucion el artículo de la libertad de imprenta; pero que no constara, ¿cuál es el cargo? quién es el juez? dónde está el juicio? Parte interesada, fiscal, tribunal, todo es Ignacio Veintemilla; y no contento con ser la sóla y única persona de esa trinidad grandiosa, es tambien ejecutor de sus propios fallos, ministro de su venganzas, verdugo de su patria y sus mejores hijos. Qué república, qué democracia, qué gobierno es ese donde ni Corte Suprema de Justicia, ni Universidad, ni imprenta, ni altar, ni leyes están en cobro de los arranques insensatos de un hombre sin letras, nociones de moral ni rudimentos de política? Siempre sobran ruines en las ciudades populosas, para que vayamos á buscar entre los hombres de pro los autores de obritas despreciables. El que á media noche va á pegar en la estátua de Pasquino esas líneas disfrazadas que rebosan en agravios, no es el rector de la Universidad de Roma, sino un poetastro oscuro del Trastebere. La malicia de los tiranuelos bajos y sin pundonor es achacar á los hombres de más viso las obras que pudieran acarrearles mala fama, si el pueblo estuviera pronto á dar asenso á sus detractores. La guerra que suelen hacer buenos patriotas es á pecho descubierto: si quieres saber quien te ha herido, oh tú, enemigo de todos, arráncate el venablo que tienes en el corazon, y lee allí su nombre: no dice: "Asterio ha lanzando esta flecha mortal á Filipo"? Cuántas veces el torpe Veintemilla ha hecho por que mi crédito venga en diminucion, atribuyéndome obritas

de cualquier truhan; pero mi nombre está grabado en mis flechas, y con ellas en el corazon mueren tiranos y tiranuelos: díganlo García Moreno y *El Cosmopolita;* díganlo Antonio Borrero y *El Regenerador*. Lo dirán tambien Ignacio Veintemilla y las *Catilinarias?*

Mas fácil es perdonar la crueldad que la mala fé: mucho, mucho hacen en su propio favor la franqueza y la arrogancia, áun cuando tengan entre manos la ruina de sus semejantes. Ese flujo por la mentira, esa segunda intencion que los menguados sin conciencia dejan ver en obras y palabras, son proceso contra ellos mismos, y todos los sinceros, los dignos son jueces que los condenan á la ignominia. Presentóse una vez Ignacio Veintemilla en una casa, y echando mano á la faltriquera, dijo; "Hemos salido de dudas; Montalvo es el autor de *la hoja suelta*: su impresor lo denuncia; he aquí la carta." Ésta diligencia fué repetida con cuantos quisieron oirle, hasta cuando el impresor calumniado dijo por la imprenta: "Es falso que yo hubiese escrito al general Veintemilla sobre ninguna materia; y ménos rebelándole cosas que no están en mi conocimiento." El falsificador se quedó con este bofeton del impresor: el cohombro enlodado le dió de lleno en el rostro: mirad esa cara abrutada, cara de animal inmundo, tras la sangre y el cieno que le están chorreando á las marmellas. Si él habia hecho fingir la denuncia, ¿qué habia de decir el infame? Y ni en cabeza propia escarmienta este relapso de la mentira: no ha mucho hizo comparecer en su casa al presidente de la Corte Suprema: "Eloy Alfaro, le dijo, ha puesto en mis manos las cartas del hermano de usted; cartas que le condenan como á conspirador." "Sea servido vuexcelencia de manifestármelas," respondió el presidente de la Corte." "Las he dejado por olvido en Guayaquil," replicó el indigno. El indigno estaba calumniando, tanto á Eloy Alfaro como al hermano del juez; no tenia tales cartas. Bien lo sabia su interlocutor, y en su conciencia le estaba llamando *infame;* pero le faltaba valor para traer á los labios ese ímpetu del alma. Ignacio Veintemilla no sabe leer ni escribir, y tiene cartas para todo: para difamar á un hombre de

bien: aquí está la carta. Para acusar á un inocente: aquí está la carta. Para imponerle multa á uno: aquí está la carta. Para desterrar á otro: aquí está la carta. Malhechor más vil y cobarde que éste, no hay en la tierra. García Moreno no tenia cartas para nada; todo lo hacia con su propia fianza, sin dar autores de cargos ni delaciones; este bribon no quiere responder de nada: todo se lo dicen, todo se lo escriben, y nombra las personas con cuya mano quiere meter el cuchillo.

No extrañaria yo que, si estas noticias llegaran á oidos de los estudiantes de Lima, Santiago, Carácas ó Bogotá, curiosos de lo que les pertenece me hicieran esta pregunta: Y los jóvenes de la universidad de Quito qué han hecho, si gustais, señor don Juan? Yo me quedara muerto, y no respodiera más que uno que nunca ha hablado, por no traer á ménos la generacion en la cual finca la patria su esperanza. Esperanza! la llenarán, ésos? Lo que han hecho ha sido dar á luz un papelucho como una hoja de peral, justificando y ensalzando al oscuro apagador de la civilizacion, y poniéndole las manos para que, "Por Dios, por la Vírgen," ponga en libertad á su rector.

Tenia yo no ha mucho un sirviente medio mudo, el más gran bellaco que pueda tocarle en suerte á un desterrado. Para el pan, el vino, un Lazarillo de Tórmes; para la bolsa, un Rinconete; para trazas y trapazas de más cuenta, un Escudero Márcos de Obregon. Pero humilde como un San Buenaventura, y adicto á mí como si él me hubiera criado. Nunca pasé ni pude pasar de palo y medio con él, ni en sus embustes mayores de marca, pues al primero ya estaba á mis piés el mezquino, echando unos lagrimones como cuentas de vidrio, y llamándome *su padre, su Benefactor*. Pues no han hecho los estudiantes de Quito con su mudo, sino lo que el mio hacia conmigo: dales ése más de palo y medio con quitarles el rector, y ellos no descubren otro expediente que echarse á sus plantas, llamándole *su padre, sn benefactor*, y pidiéndole "por Dios, por la Vírgen" que les suelte á su maestro. ¡Y digo si el papelucho es obra de canallas! El excelentísimo señor presidente es un prohombre: elevado, justo, bueno. Si algo

ocurre de malo, no es cosa suya, sino de algun pícaro que le engaña. Todo esperan de él los ecuatorianos, todo: no quieren sino que ponga en libertad al rector, y suyos son para toda la vida. No es él, ah, no es él; él es ilustrado, equitativo, respetable; son *las víboras que* le rodean. He aquí las hazañas de hombres hechos á la servidumbre, á quienes ni favorece el valor, ni ilumina la verdad. En pueblo semejante, será poco si Ignacio Madruñero no reina quince años, á guisa del amo y señor á quien ha heredado una república.

Y no es todo: al respaldo de ese impresito infame han puesto sus autores de letra de mano unos renglones en que apuntan lo contrario de lo que dicen por la imprenta, y me lo han remitido, pidiéndome "por Dios, por la Vírgen" que castigue este nuevo delito *del infame Veintemilla*, dicen. Al un lado del papelucho, es recto, al otro inicuo; al un lado bueno, al otro perverso; al un lado nada hace él, al otro todo es obra suya; y, "por Dios, por la Vírgen," tome á pechos este asunto, usted que no tiene miedo; que si ellos no lo tuvieran tampoco, veria usted si le ajustaban la golilla.

Yo presencié desde mi balcon una vez una batalla campal entre dos truhanes: á los cuatro porrazos, tomó las de villadiego el ménos bravo, y en tanto que las afufaba, iba diciendo: Da gracias, pícaro, que no soy valiente; que si lo fuera, ahora vieras si no te hacia cantar el *kirieléison*!

Dante Aligheri compuso ya la Divina Comedia; Balzac ha compuesto la Comedia humana: Hoffmann, arriba en su cuarto piso, mirando y siguiendo al género de los mortales, pasaba al papel cuanto veian sus ojos en la calle. Nadie suponga que yo imagino estas aventuras, por venir al pelo de mi intento: miéntras está mi frente alzada á la bóveda celeste, con el rabo del ojo estoy pescando en la tierra: en la Divina Comedia el mundo es el primer galan. Es culpa mia si tengo tal cual brizna de observador, y si aplico la vida real á la moral?

Las manifestaciones públicas de los estudiantes son notificaciones que dan en que entender á los gobiernos, donde quiera que los jóvenes son gente de sangre en el ojo y barraganes de pelo en pecho. Leon Gambetta, actual presidente del Cuerpo Legislativo en Francia, era, no ha más de quince años, esforzado guion del barrio latino. Donde Gambetta alza la voz, *la legion* está siempre á punto: si protestas, si reclamos, llévase todo á cima con audacia y valor de mozos que tienen la mira puesta en *la república* y en los asientos más encumbrados de ella. La suerte de un pueblo está en manos de los jóvenes: los estudiantes son elemento del porvenir. ¡Qué es, mi Dios, ver á los universitarios de las ciudades de Alemania afrontarse con la fuerza armada, medirse con ella y dejar enhiesto el pendon de su alta clase! Los estudiantes tienen fueros; quien los lastima, verá comunidades: vuela el sombrero por el aire, rueda el libro por el suelo: qué turbion es ese que baja llenando la calle y va á pasar el puente? La tropa de línea está allí, al otro lado: bala en boca los infantes, sable al hombro los ginetes, tienen órden de contemplar á los estudiantes hasta el último extremo. Allí, en esa muchedumbre de levitas negras, están los sabios, los hombres de Estado; allí los generales, los ministros; allí los marinos, los descubridores; allí los millonarios, los banqueros; allí los jurisconsultos, los médicos; allí los sacerdotes, los apóstoles; allí los escritores, los poetas; allí los grandes hombres del porvenir, la flor de los franceses: atropellarlos, matarlos, seria delito de leso patriotismo. Qué quieren, qué piden los estudiantes? Un magistrado superior está ahí; el Prefecto del Sena, por ventura. Se levanta sobre todos un mancebo de aspecto de leon, un O'Connell de colegio: es el orador. Habló á nombre de todos, convenció, conmovió. El Gobierno está bien con los estudiantes; anhela por complacerlos; concedido. Viva Francia! los estudiantes han triunfado, pues no reclaman sino lo debido, no piden sino lo justo. Cazadores de Vincennes, Dragones de á caballo, sonriendo en medio del bosque de sus mostachos, están fraternizando con esa multitud inteligente y valerosa, que dentro de diez años será honra y gloria de la patria. Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar el mundo!